

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Emilio Thuiller.)



Siento lo de Juan León,
porque un torito guasón
me ha alcanzado en un derrote,
y... he perdido este bigote,
que era toda mi ilusión.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—La feria de Santa Juana por Juan Pérez Zúñiga.—Pepa Frégoli, por E. Navarro Gonzalvo.—Otro chico, por Eduardo Bustillo.—El *Quin* (continuación), por *Clarín*.—Amorosas, por Sinesio Delgado.—Semana cómica, por Eduardo de Palacio.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Emilio Thuiller.—Teatralerías (cinco viñetas).—El *Quin* (cuatro viñetas).—Fechas fatales, por Cilla.



DE TODO UN POCO

DESDE CÁDIZ

... y yo, naturalmente, acepté la galante invitación del Sr Noriega, que además de persona fina es uno de los propietarios del Astillero donde se ha construido el acorazado *Carlos V*, y me vine aquí á presenciar la solemne botadura de esta monstruosa si que también soberbia nave.

En el tren veníamos Puigcerver y Pasquín en clase de ministros de la corona; Silvela (D. Paco) como jurisconsulto y consejero de la sociedad constructora; la condesa de Niebla en calidad de representante de la reina regente; y yo que, aunque me esté mal el decirlo, «también valgo».

Pero las invitaciones no se limitaban á las personas preinsertas. También vinieron algunos diputados á Cortes y varios dignos representantes de la la prensa periódica, marinos, ingenieros y dos chicas muy guapas. Llegábamos á una estación, deteníase el tren, como es natural; el conductor decía, verbigracia, ¡*Alcázar, veinte minutos!* é inmediatamente se presentaban unos señores muy tiesos con levita, chistera y guantes de cabritilla, acercábanse al coche ocupado por los ministros y les dirigían frases respetuosas al par que lisonjeras.

—Somos las autoridades de esta localidad que venimos á expresar á vuecencias nuestra profunda satisfacción...

—Gracias—decía Puigcerver con la solemnidad propia de las circunstancias.

—Eztimando—añadía Pasquín.

Y los dos consejeros de la corona se sumergían en las almohadas insondables del coche, desapareciendo de la presencia del público, que deseaba conocerles y admirarles.

Durante el trayecto no hemos logrado codearnos con ninguna de ambas excelencias. Lo más que hacían era asomar la nariz por la ventanilla y retirarla aprisa y corriendo, como si temieran que se les enfriase.

En cambio, el Sr. Silvela se apeaba en todas las estaciones, donde era recibido por sus correligionarios con muestras inequívocas de consideración y respeto.

Á mí no me esperaba nadie; bien es verdad que vivo alejado de la política, y no tengo más que tres admiradores, á saber: mis dos hijos y mi señora madre.

Este país es encantador; pero la Divina Providencia, en cuanto supo que habían llegado dos miembros del gabinete fusionista, dispuso que se desencadenaran los elementos.

—¡Hombre!—dijo el Supremo Hacedor.—¿Conque Puigcerver y Pasquín se han ido á Cádiz? Pues que llueva.

—¿Nada más que llover?—preguntóle el encargado de los trastornos atmosféricos.

—No, envíales un huracán.

—¿De qué clase?

—De primera.

Y comenzó á soplar el viento y se desgajaron las nubes y volaban las chineneas y tembló sobre sus cuñas el soberbio *Carlos V*.

Cádiz, la bella Cádiz, la «tacita de plata», como la titulan ga-

ditanos y forasteros, quedó convertida en un verdadero charco, y no hemos podido disfrutar de la limpieza de su horizonte ni de la belleza de su suelo.

Todo por culpa de los ministros, á quienes se ha cansado de proteger el Creador, en vista de lo mal que lo están haciendo.

¡Pero qué personas tan bien educadas son estos gaditanos!

Unos me convidan á comer, otros á almorzar, otros al teatro, otros á unos lentes. Los que yo traía se los llevó el huracán, y vino un hombre abnegado, que es óptico y dibujante del periódico *La Unión Republicana*, y me dijo:

—¡Apañado tiene usted el ojo!

—Sí, señor; me he quedado huérfano de pupila. Y el caso es que hoy, como domingo, están cerrados todos los ópticos, es decir, todas las tiendas de óptica «ilusoria».

—¿Es usted miope?

—Sí, señor; miope y sanguíneo-nervioso.

—¿Qué número usa usted?

—El siete, aunque me esté mal el decirlo.

—¡Vuelvo!—murmuró á mi oído el cariñoso dibujante; y media hora después aparecía respirando felicidad y trayéndome unos lentes superiores, que

aquí los guardaré toda la vida,

como dijo Camprodón.

¿Puede haber amabilidad semejante?

Bonilla, el óptico de Madrid, es un ángel, esto está fuera de toda duda; pero no llega al óptico gaditano, que abandona el café, abre el paraguas, sale en busca de unos lentes y me los entrega feliz y sonriente.

¡Viva Cádiz!

Á la hora en que escribo estas líneas no se ha verificado la botadura. El mar ruge, la lluvia nos azota; el rayo se dispone á hender las nubes y no es posible, por consiguiente, lanzar la nave al turbulento Océano.

No hay botadura, pero hay un almuerzo con que nos obsequia á varios genios el distinguido director general de Obras públicas, Sr. Quiroga, un gallego que no se parece á Becerra: éste me deja cesante y el Sr. Quiroga me agasaja y me convida.

¿Que quiénes somos los que hemos comido con el director? Pues Conrado Solsona, Javier de Burgos, Martínez Soto, Luis López Ballesteros y Eduardo Muñoz.

Dios conserve luengos años la vida del Sr. Quiroga.

Y con esto no canso más, porque el correo sale para Madrid dentro de media hora.

Conste que Cádiz es un paraíso, si bien lluvioso por culpa de Puigcerver y Pasquín que han excitado las iras celestes, y conste que la empresa del Astillero es digna de aplauso y benemérita de la patria, pues nos dota de un buque de primer orden.

Saludo desde aquí á los periodistas gaditanos y me dirigo al buzón á depositar estas cuartillas.

Adiós, Sinesio.

Luis Taboada.

★

LA FERIA DE SANTA JUANA

CARTA PARTICULAR

Mi querido Ricardo de la Vega:

¡Tu palabra es de *pega!*

¿No recuerdas que el día que nos vimos

junto á casa de Hidalgo convinimos

en ir el día nueve del corriente

á la feria sin par de Santa Juana,

feria á la cual tú y yo generalmente

(porque nos da la gana)

solemos concurrir haciendo coro

á la gente barbiana

de Getafe, Carranque, Valdemoro,

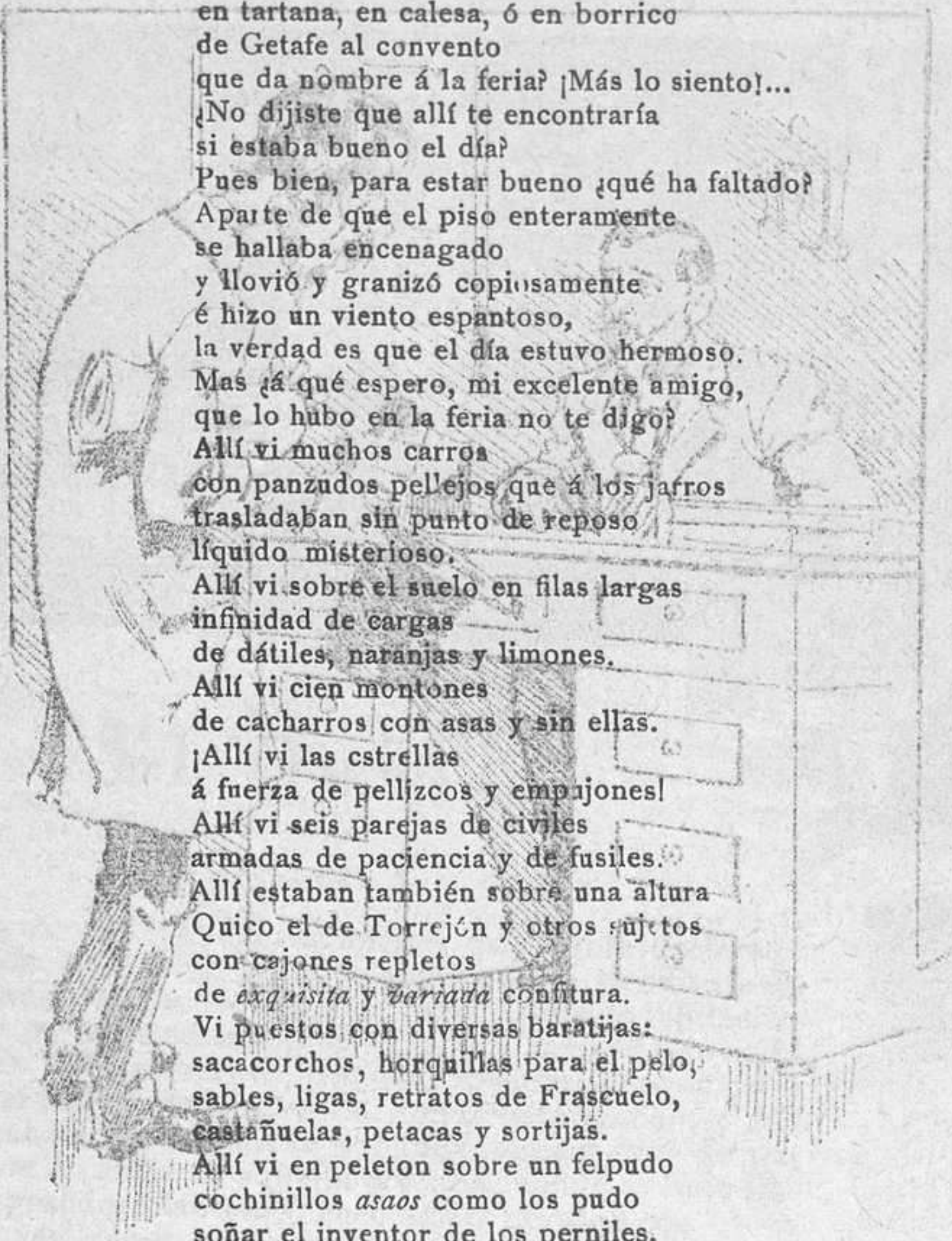
Parla, Cubas, Griñón, Casarrubuelos,

Illescas, Torrejón y Ciempozuelos?

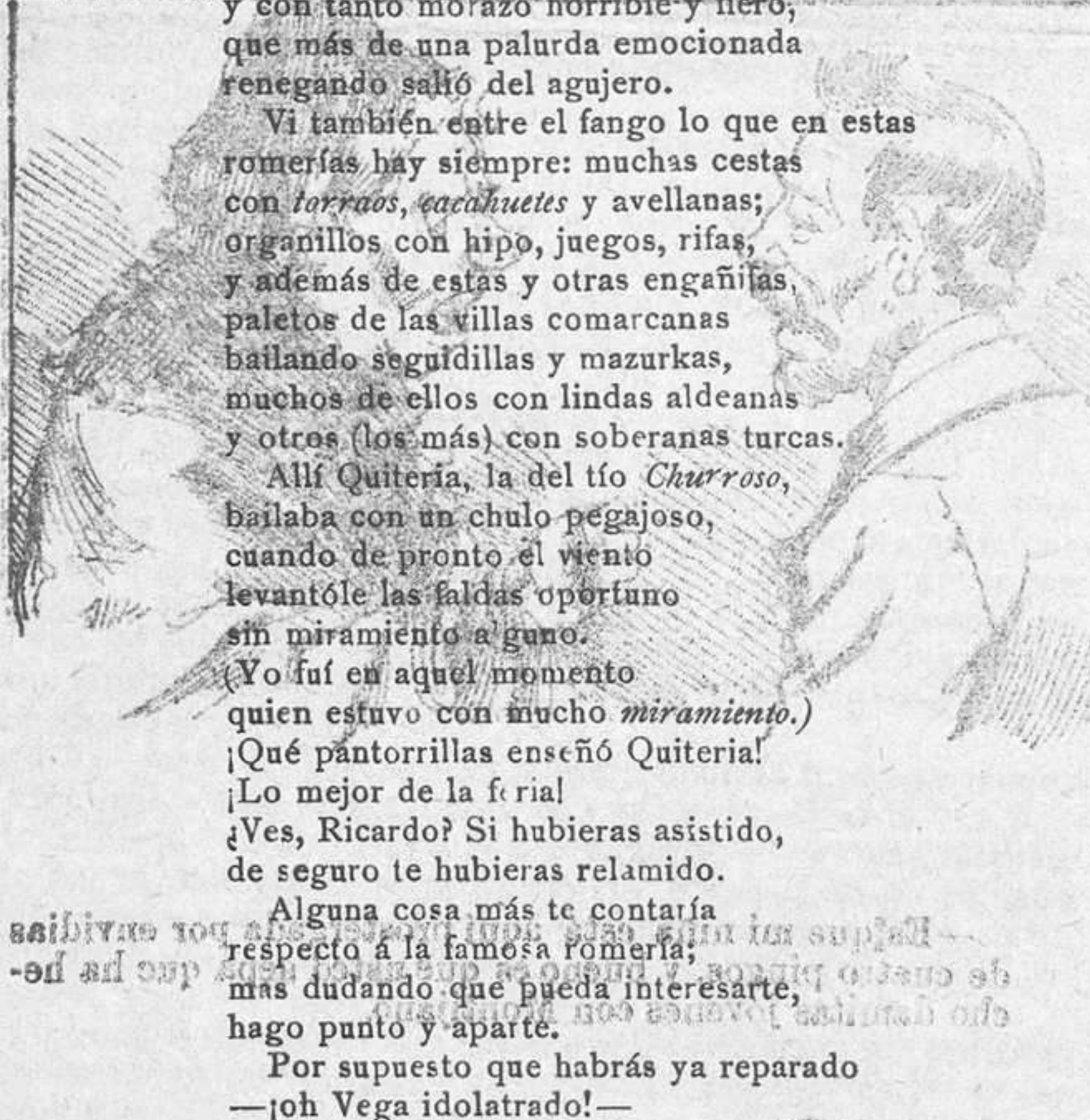
Pues si así lo dijiste, Vega amado,

¿por qué me has dado mico?

¡Por qué no te has lanzado en tartana, en calesa, ó en borrico de Getafe al convento que da nombre á la feria? ¡Más lo siento!... ¡No dijiste que allí te encontraría si estaba bueno el día? Pues bien, para estar bueno ¿qué ha faltado? Aparte de que el piso enteramente se hallaba encenagado y llovió y granizó copiosamente, é hizo un viento espantoso, la verdad es que el día estuvo hermoso. Mas ¿á qué espero, mi excelente amigo, que lo hubo en la feria no te digo? Allí vi muchos carros con panzudos pellejos que á los jarros trasladaban sin punto de reposo líquido misterioso. Allí vi sobre el suelo en filas largas infinidad de cargas de dátiles, naranjas y limones. Allí vi cien montones de cacharros con asas y sin ellas. ¡Allí vi las estrellas á fuerza de pellizcos y empujones! Allí vi seis parejas de civiles armadas de paciencia y de fusiles. Allí estaban también sobre una altura Quico el de Torrejón y otros sujetos con cajones repletos de exquisita y variada confitura. Vi puestos con diversas baratijas: sacacorchos, horquillas para el pelo, sables, ligas, retratos de Frascuelo, castañuelas, petacas y sortijas. Allí vi en peleton sobre un felpudo cochinitos *asaos* como los pudo soñar el inventor de los perniles, y á su lado barriles de escabeche de crítico *menudo*.



Un gran *divinmundo* en la pradera, con más de un agujero en la madera, á la gente sencilla mostraba la campaña de Melilla con tanta sangre nuestra derramada y con tanto morazo horrible y fiero, que más de una palurda emocionada renegando salió del agujero. Vi también entre el fango lo que en estas romerías hay siempre: muchas cestas con *torraos*, *cacahuets* y avellanas; organillos con hipo, juegos, rifas, y además de estas y otras engañifas, paletos de las villas comarcanas bailando seguidillas y mazurkas, muchos de ellos con lindas aldeanas y otros (los más) con soberanas turcas. Allí Quiteria, la del tío *Churroso*, bailaba con un chulo pegajoso, cuando de pronto el viento levantóle las faldas oportuno sin miramiento a guño. (Yo fui en aquel momento quien estuvo con mucho *miramiento*.) ¡Qué pantorrillas enseñó Quiteria! ¡Lo mejor de la feria! ¡Ves, Ricardo? Si hubieras asistido, de seguro te hubieras relamido. Alguna cosa más te contaré respecto á la famosa romería; mas dudando que pueda interesarte, hago punto y aparte.



Por supuesto que habrás ya reparado —¡oh Vega idolatrado!— que no repito como tú las cosas catorce ó quince veces, pues las *latas*, que en ti resultan por demás graciosas, en mí serían por demás ingratas. Y no te digo más sobre el asunto. Tan sólo te pregunto: ¡Por qué no has concurrido alborozado á la feria sin par de Santa Juana? ¡Por qué desde Getafe no has llegado en borrico, en galera ó en tartana? No vengas con disculpas, abre el pico y habla sinceramente, que yo soy indulgente y de buen grado te perdono el micó.

Juan Pérez Sainza.

PEPA FREGOLI

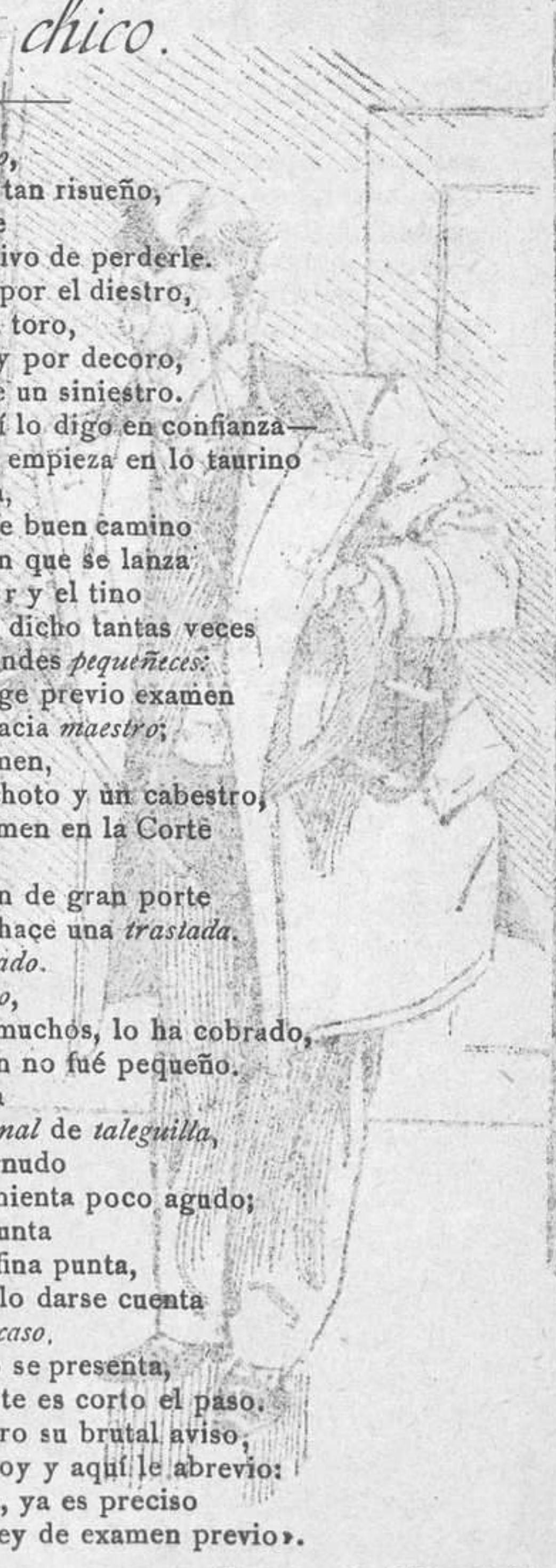
Pepa, quiero que se sepa lo que tú sabes hacer, porque eres una mujer de mucho talento, Pepa. Rizado con tenacilla el negro pelo abundoso, erguido el busto precioso, la cabeza sin toquilla; amplio y vistoso mantón sobre los hombros ceñido, bajo la barba cogido en gallarda posición; corto el vestido ondulado de género fuerte y rico, sin adornos, y un tancico levantado por delante; un zapatito ajustado, que, haciendo el pie miniatura, enseña la media oscura por su escote prolongado; como una chula de veras de esas que no cabe más, moviendo el cuerpo, al compás del ritmo de las caderas, así te he visto, barbiana, lucir tu gracia y salero en la calle del Bastero á las diez de la mañana. La falda negra, sencilla, el pelo liso, sin ondas, la cara envuelta en las blondas de la española mantilla; oscuro el devocionario que besan tus labios rojos, y más negras que tus ojos

las cuentas de tu rosario; de rodillas, sobre el suelo, en la serena actitud de un arcángel de virtud que anhela escalar el cielo; con tu carilla morena y aquel místico conjunto, me pareciste un trasunto de María Magdalena. Dí, ¿rezabas ó llorabas, triste, doliente, sumisa?... Así te vi luego, en misa de doce, en las Calatravas. Hace frío: son las tres de la mañana. De Fornos, llena de encajes y adornos sale una mujer. ¿Quién es? Un sombrero grande, extraño, sobre las negras guedejas, brillantes en las orejas, de muy regular tamaño; cubre un abrigo de pieles sus formas exuberantes, y hay palabras malsonantes entre unos labios de mieles... ¡Es una de las esclavas del vicio! ¡Bien se conoce! ¡Y ésta rezaba á las doce en las Monjas Calatravas! Tanto Arregui me alabó á Fregoli—¡y cómo no!— que anoche á verle acuñó... ¡Pero me acordé de tí, y ya no me sorprendió!

Es Navarro Gonzalvo.

Otro chico.

Y salió el *Algabeño*, tan airoso y gentil y tan risueño, que daba gloria verle y hasta miedo instintivo de perderle. Temor justificado por el diestro, que, en tratos con el toro, pudo ser, por valor y por decoro, víctima prematura de un siniestro. Porque es—y aquí lo digo en confianza— muchacho que ahora empieza en lo taurino la primera enseñanza, y que pudiera abrirse buen camino si al sereno valor con que se lanza acompañasen el saber y el tino. Y es lo que tengo dicho tantas veces al tratar de estas grandes *pequeñeces*: como aquí no se exige previo examen al alumno que tira hacia *maestro*; llámenle ó no le llamen, bautizado entre un choto y un cabestro, viene á que le confirmen en la Corte en una novillada, y un torazo le sueltan de gran porte que en el trasteo le hace una *trastada*. Y ya está *confirmado*. Y si el niño *Algabeño*, más feliz que otros muchos, lo ha cobrado, lo que es el revolcón no fué pequeño. Y si vuelve á Sevilla hecho un gran *cardenal* de *ralequilla*, lo debe á que el cornudo se ofreció de herramienta poco agudo; porque si el bicho junta á lo duro del trato fina punta, no podría el chiquillo darse cuenta de que cuando, *al acaso*, sólo el valor al toro se presenta, de la vida á la muerte es corto el paso. Pues ya dió el toro su brutal aviso; sano es el que yo doy y aquí le abrevio: «Alumnos de coleta, ya es preciso que se os sujete á ley de examen previo».

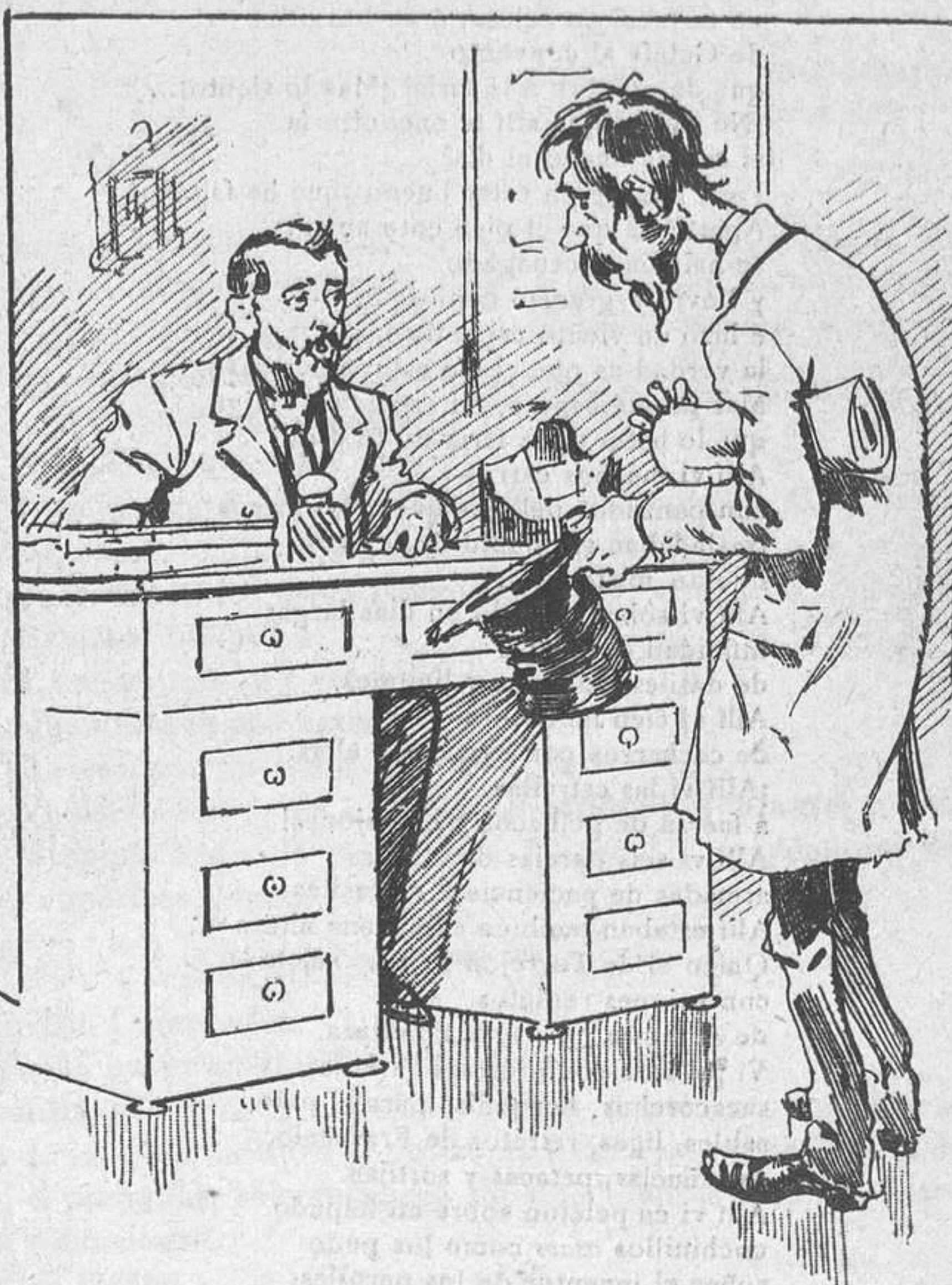


EdUARDO BUSTILLO.

Teatralerías.



— He podido traer una carta de recomendación para que me diera usted un vale de dos butacas, pero luego he pensado que bastaría con que me presentara yo á pedir las.
 — ¡No ha de bastar, señora! ¡Ya lo creo que basta!



— Le advierto á usted que la obra está corriente. Me ne necno de una sentada el libro, la música y el boceto de la decoración. Y si hace falta, hasta podemos trabajar mi señora y yo por una ¡friolera.



— Pues... yo venía á pedir á usted un favor en nombre de los de la platea número 3.
 — Usted dirá.
 — Que esa chiquilla alta, rubia, que ahora canta en el centro, nos la pusiera usted la primera de la derecha y con la faldita corta, á ser posible.



— Es que mi niña está aquí prostergada por envidias de cuatro pingos, y bueno es que usted sepa que ha hecho damitas jóvenes con Montijano.



— Aviso á usted que la redacción de *El Silbato* necesita dos butacas diarias, y que si no se las señala la empresa, nuestro crítico *Rataplán* está dispuesto á llamar *inmundicia literaria* á todo lo que se estrene...



El Quin.

(Continuación.)

Un comandante del regimiento que había declarado al Quin, si no hijo, perro adoptivo, tenía pendiente de resolución en las oficinas de Clases pasivas la jubilación de un pariente cercano, y con el tal comandante solía nuestro héroe entrar en aquellas oficinas; pero es claro que no pasaba de la portería, donde le toleraban, y allí esperaba á que saliera su comandante para irse de paseo con él. Pues en aquella portería, donde el Quin llevaba grandes plantones, encontró la persona con quien pudo realizar su gran deseo de marcharse á provincias. Observaba el Quin que, después de mayor ó menor lucha con los porteros, todos los que pretendían entrar á vérselas con los empleados, lo conseguían. Notó el perro que los más audaces, los más groseros en sus modales eran los que entraban más fácilmente, aunque no fueran personajes. Los tímidos sudaban humillación y vergüenza antes de vencer la resistencia de los cancerberos con galones. Y un joven delgado, de barba rala, de color cetrino, de traje no muy lucido, de ojos azules claros muy melancólicos, á pesar de no faltar ni un día solo á la portería defendida como una fortaleza, nunca podía pasar adelante; y eso que, á juzgar por el gesto de ansiedad que ponía cada vez que le negaban el permiso de entrar donde tanto le importaba, aquella negativa debía de causarle angustias de muerte. El Quin, tendido en un felpudo, con el hocico entre las patas, seguía con interés y simpatía la pantomima cotidiana del portero y el joven cobarde.

El cancerbero ministerial le leía en los ojos al mísero provinciano (que lo era, y harto se le conocía en el acento) que venía sin más recomendaciones y sin más ánimos que otras veces; y en él desahogaba toda su soberbia y todo su despotismo, vengándose de los desprecios de otros más valientes. En el rostro del joven se pintaba la angustia, la desesperación; se leía un momento un relámpago de energía, que pasaba para dejar en tinieblas de debilidad y timidez aquella cara abandonada á la expresión de la tristeza abatida.

Llegó á conocer el Quin que el portero todavía tenía en menos al tal muchacho que á él mismo, con ser perro. Puede que primero le hubiera dejado pasar á él á preguntar por su expediente.

El de los pantalones de color de canela, como el Quin llamaba para sus adentros al provinciano de barba rala, se sentaba en un banco de felpa y allí se estaba las horas muertas, como podía estar un saco, para los efectos del caso que le hacían.

Por algunos pedazos de conversación que el Quin sorprendió, supo que aquel chico venía de una ciudad lejana á procurar poner en claro los servicios de su padre, difunto, á fin de obtener una corta pensión de viuda para su madre, pobre y enferma. No tenía padrinos, luego no tenía razón; y ni siquiera le permitían ponerse al habla con el alto empleado que se empeñaba en interpretar mal cierto decreto; equivocación, ó mala voluntad, de que nacían los apuros del pretendiente, llamémosle así. Pretendiente de justicia, el más desahuciado.

A fuerza de verse muchas veces solos en la portería el Quin y Sindulfo (el nombre del tímido mancebo), con el compañerismo de su humildad, de aquel *non plus ultra* que los detenía en el umbral de la gracia burocrática, llegaron á tratarse y estimarse. Los dos se tenían, á sí propios, en muy poco; los dos sentían la sorda, constante tristeza de estar debajo, y sin hablarse se comprendían. De modo que, con menos que pocas palabras, sin más que algunas muestras de deferencia, tal como dejarle el Quin un sitio mejor que el suyo á Sindulfo, algunas caricias de una mano y otras de un hocico, se hicieron muy buenos amigos. Y cuando ya lo eran, y compartían en silencios eternos su común desgracia de ser insignificantes, una tarde entró un mozo de cordel con un telegrama para Sindulfo, que se puso pálido al ver el papelito azul. Apenas era nada. La muerte de su madre; todo lo que tenía en el mundo. Se desmayó; el portero se puso furioso, le dieron de

mala gana un poco de agua, y en cuanto pudo tenerse en pie casi le echaron de allí. Sindulfo no volvió á las oficinas de Clases pasivas. ¿Para qué? La viuda ya no necesitaba viudedad; se había muerto antes de que le arreglaran el expediente. Nuestros covachuelistas jamás cuentan con eso, con que somos mortales.

Pero no perdió Sindulfo el amigo que había ganado en la portería. La tarde de su desgracia el Quin dejó, sin despedirse, al comandante, y siguió al huérfano hasta su posada humilde.

En la soledad del Madrid desconocido, el provinciano de los pantalones de color de canela no tuvo más paño de lágrimas, si quiso alguno, que las lanas de un perro.

Y en un coche de tercera se fueron los dos á la ciudad triste y lejana de Sindulfo. El Quin, por no separarse de su amo, se agazapó bajo un banco, y así llegó á la provincia; lo que él quería: á la oscuridad, al silencio.



Aquel poco ruido y poco tránsito de las calles le encantaba al

Quin. Le parecía que salía á la orilla después de haber estado zambullido entre las olas de un mar encrespado.

Se trataba con pocos perros. Prefería la vida doméstica. Su amo vivía en una casita humilde, pero bien acariciada por el sol, en las afueras. Vivía con una criada. Por la mañana iba á un almacén donde llevaba los libros de un tráfico que no había por la tarde. Y entonces volvía junto al *Quin*, y trabajaba silencioso, triste, en obras primorosas de taracea, que eran su encanto, su orgullo y una ayuda para vivir. El ruido rápido, nervioso, de la sierrecilla algo molestaba al *Quin* al principio; pero se acostumbró á él y llegó á dormir grandes siestas, mecido por aquel ritmo del trabajo.

¡Ay, respiraba! Aquello era vivir.

Los primeros meses Sindulfo trabajaba en la marquetería callado, triste. A veces, se le asomaban lágrimas á los ojos.

«Piensa en su madre», se decía el *Quin*; y batía un poco la cola, y alargando el hocico se lo ponía al amo sobre las flacas rodillas, que cubría el paño de color de canela. Una tarde de Mayo el



Quin vió con grata sorpresa que su dueño, después de terminar una torre gótica de tejo, sacaba de un estuche una flauta y se ponía á tocar muy dulcemente.

¡Qué encanto! Aquellas dancitas antiguas, aquellas melodías románticas, monótonas, pero de sencillez y naturalidad simpáticas, apacibles, entrañables, le sabían á gloria al perro.

El *Quin* nunca había amado. Las perras le dejaban frío. Aquella brutal poligamia de la raza le hacía repugnante el amor sexual. Además, ¡qué escándalos daban los suyos por las calles! ¡Y qué lamentables complicaciones fisiológicas las de la cópula canina! «Si algún día me enamoro, pensó, será en la aldea, en el campo».

La flauta de su dueño le hacía pensar en el amor, no en los amores. Para temperamentos como el del *Quin*, la amistad puede ser un amor tibio; sublime en la solidez de su misteriosa tibieza.

Sus amores eran su dueño. Le leía en los ojos, y en el modo de trabajar en la taracea, y, sobre todo, en el de tañer la flauta, el fondo del alma. Era un fondo muy triste, no desesperado, pero sí desconsolado. Era Sindulfo hombre nacido para que le quisieran mucho, pero incapaz de procurar traer á casa el amor, en pasando de la personalidad ínfima de un perro. Había llevado al *Quin*; no se atrevería á llevar una compañera, mujer ó querida.

Pero Sindulfo, como el *Quin*, en la paz tenían un bálsamo. Sí, se comprendían por señas, por actos acordes. La vida sistemática, el silencio en el orden, la ausencia de peripecias en la vida como una especie de castidad; la humildad como un ambiente. Esto querían.

El cariño del *Quin* era más fuerte, más firme que el de Sindulfo. El perro, como inferior, amaba más. No temía, sin embargo, una rival. «No, pensaba el perro; aquí no entrará una mujer á robarme este halago. Mi amo no me dejará nunca por una esposa ni por una querida. No se atreve con ellas.»

—Nos vamos al campo, amigo, entró un día diciendo Sindulfo. Y se fueron. A pocas leguas de la ciudad, donde la madre había dejado unas poquitas tierras que llevaba en renta un criado antiguo Sindulfo iba á pescar y á corregir las condiciones del arrendamiento.

Al *Quin*, á la vista de los prados y los bosques y las granjas sembradas por la ladera, le corrió un frío nervioso por el espinazo. Se acordó de su antiguo pensamiento: «Yo sólo podría amar en la aldea».

«¡Si todavía podré ser yo feliz con algo más que paz y resignación dulce!» Sentir esta esperanza le pareció una soberbia. Además, era una infidelidad. ¡No se había casi prometido él, en secreto, no querer más que á su amo, al amo definitivo?

Pero tenía disculpa su vanidad de soñar con poder ser feliz voluptuosamente en las nuevas intensas emociones que le causaba el ambiente campesino, la soledad augusta del valle nemoroso.

Con delicia de artista contemplaba ahora el *Quin* los pasos de su vida: de la corte á la ciudad provinciana, de la ciudad á la aldea... Y cada paso en el retiro le parecía un paso más cerca de su alma. Cuanto más soledad, más conciencia de sí.

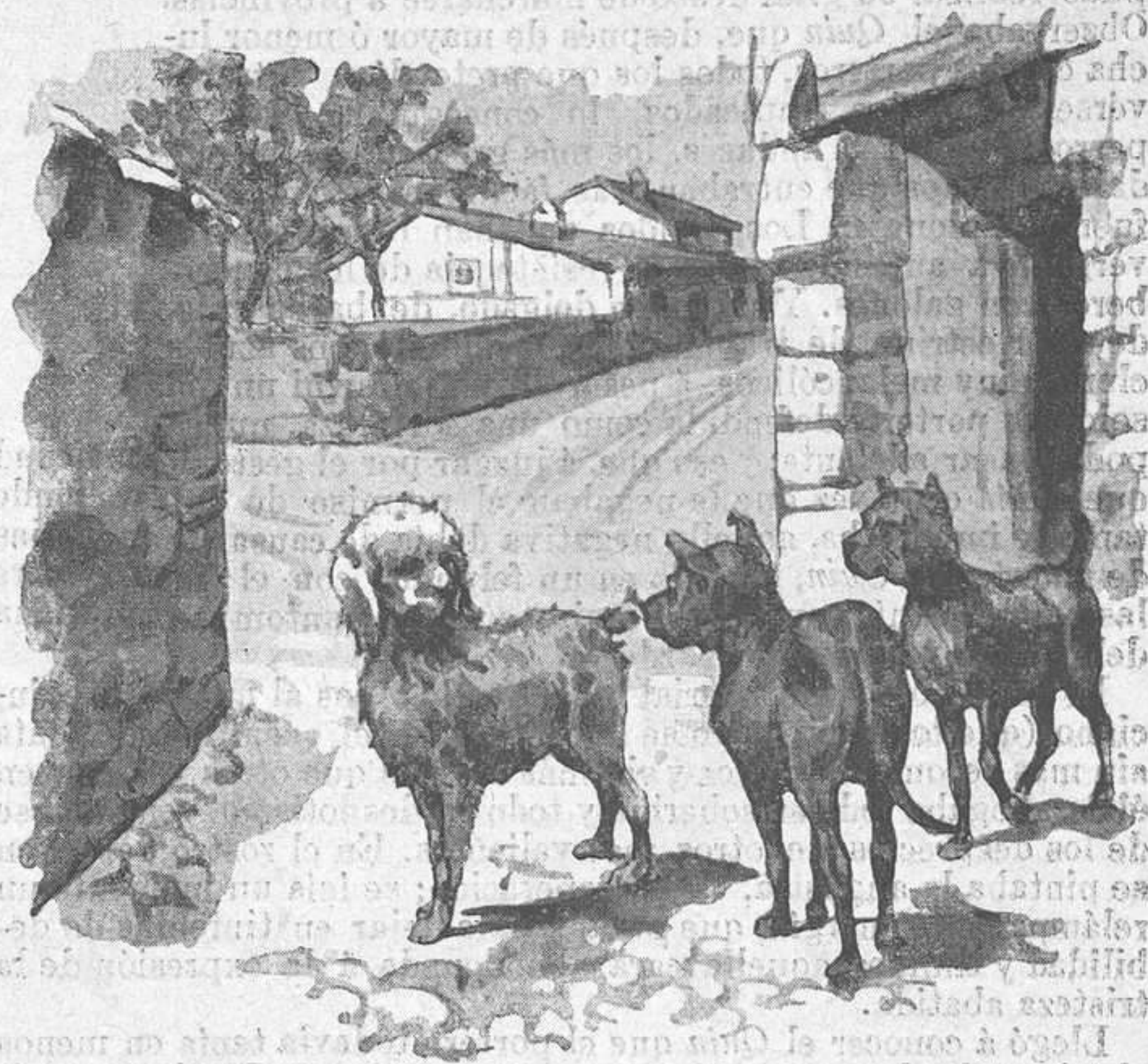
Cuando llegó la noche, los caseros le dejaron en la *quintana*, en la calle, delante de la casa. ¡Oh memorables horas! Las aves del corral yacían recogidas en el gallinero, y allá lejos se oían sus misteriosos murmullos del sueño perezoso. El ganado de cerda, en cubil de piedra, dormitaba soñando, con gruñidos voluptuosos; el aire movía suavemente, con plática de cita amorosa, las bíblicas y orientales hojas de la higuera; la luna corría entre nubes, y en toda la extensión del valle, hasta la colina de enfrente, resonaban, como acompañamiento de la luz de plata, que cantaba la canción de la eterna poesía del milagro de la creación enigmática, resonaban los ladridos de los perros, esparcidos por las alquerías. Ladraban á la luna, como sacerdotes de un miedoso culto primitivo, ó como poetas inconscientes, exasperados y tenaces en su ilusión mística.

El *Quin* se sintió unido, con nuevos lazos, de iniciación pagana, á la madre naturaleza, al culto de Cibele... y á las pasiones de su raza... De los castaños de Indias se desprendía un perfume de simiente prolífica; amor le pareció un rito de una fe universal, común á todo lo vivo. De la próxima calleja, sumida en la oscuridad de los árboles que hacían bóveda, esperaba el *Quin* que surgiera la clave del enigma amoroso.

El alma toda, con las voces de la noche de estío, le gritaba que por aquella oscuridad iba á presentarse el misterio; por allí debía de aparecer... la perra.

Sintió ruido hacia la calleja... surgieron dos bultos... Eran dos mastines. Dos mastines que le comían al *Quin* las sopas en la canchalesa.

El *Quin* ignoraba las costumbres de la aldea. No sabía que allí, los perros como los hombres, iban á rondar, á cortejar á las hembras.



Aquellos mastines eran dos valientes de la parroquia que habían olido perró nuevo en casa el *Quin*, y venían á ver si era perra.

Olieron al *Quin* con cierta grosería aldeana, y, desengañados, con medianos modos, le invitaron á seguirles. Iban á pelar la pava, ó, como por aquella tierra se dice, á mozas, es decir, á perras.

¡Oh desencanto! La perra, en el campo, como en la corte, como en la ciudad, vivía en la poligamia.

El *Quin*, sin embargo, no resistió á la tentación; y más por la ira del desengaño, que por la seducción de la noche de efluvios lascivos, siguió á los mastines; como tantos poetas de alma virginal, tras la muerte helada del primer amor puro, se arrojan á morder furiosos la carne de la orgía.

El *Quin*-Rollá pasó aquella noche al sereno.

Clarín.

(Concluirá definitivamente.)

Amorosas.

«Si no me quieres me muero», me decía ayer la ingrata, y hoy ya... ni siquiera trata de averiguar si la quiero.

El baile y el amor, vistos de lejos,
son dos cosas ridículas y estúpidas,
que de cerca parecen agradables
cuando se oye la música!

Tuyo seré hasta la muerte.
No porque me dé tan fuerte,
sino porque te enamoras
de todos, y á todas horas
estoy temiendo perderte.

¡Verdad que tiene la razón perdida
el que pretende hacer una comida
con un bollo sin miga ni corteza?
¡Pues hay quien se suicida
por un amor sin sombra de impureza,
creyendo que está bien de la cabeza!

Impreso está el pensamiento
en los ojos de las damas,
y el que lo lee de corrido
tiene en el amor ventaja.

Pero ¡ay! que las andaluzas,
por privilegio de raza,
lo llevan escrito en árabe...
¡y no se entiende palabra!

Á punto de rendirte, de repente
me rechazas diciéndome: «¡Otro día!»
¡Sigue por Dios así, canta y prudente,
que el placer más intenso, vida mía,
consiste... en desearlo eternamente!

Este amor me produce
pena y quebranto
más que goce... ¡Por eso
me dura tanto!

Sinesio Delgado.

Semana cómica.

«Si algún día al Señor se le antojase
darnos un ojo más,
y el sitio en donde hubiera de tenerle
pidiera cada cual,
¿dónde querría usted llevar el ojo
que le habían de dar?»

Este trozo de filosofía salerosa de mi querido amigo, el popular Pérez Zúñiga (1) me corrobora una sospecha que abrigo hace tiempo respecto á la necesidad del tercer ojo en las personas mayores.

Aun así y todo, sería el hombre animal insuficiente.

Todo es necesario, porque hay mucho que ver.

En ocho días cuántas novedades!

Estreno de *El Algabeno*, en un acto y con música.

Alternativa de Juan León.

«Voladura» del *Carlos V*, según me dijo un diputado ministerial por un punto, no sé por cuál.

La primera de la *Dolores*.

Varios beneficios en Rius para redimir del servicio de las armas á una dama de carácter joven ó para que se haga un terno de lana de vellón un apunador antiguo.

Peró sobre todo lo de la «voladura» del *Carlos M.^a Isidro de Borbón* en Cádiz.

Porque intitúlenle *Emperador Carlos V* ó *Carlos V* solo, lo mismo da.

Parecía lo racional que le hubieran bautizado con el nombre de *Carlos I*, dado que sea en recuerdo del padre de Felipe II.

Lo de emperador, que lo dijeran los alemanes.

Esto me recuerda la manera de presentarme á su señora un caballero monomaniaco de grandezas, que casó con la prima de una vizcondesa que había sido no sé si en otra generación.

—La señora vizcondesa de Cachupín, mi señora, prima en segundas nupcias de la vizcondesa.

Lo que yo le dije:

—Pudieras haber empezado por tu esposa y después caer sobre la prima vizcondesa.

Hay mucho que ver.

Luis Taboada, la perla de esta casa, procura verlo todo, y en verdad os digo que ve más con un ojo que otros con un par pasados por agua.

Allá está en Cádiz, para ver la voladura, la representación del lado cómico, ó de la prensa festiva, ó del MADRID Cómico.

ero tengo la seguridad de que no vuelve facultativo.

Vendrá sin saber lo que es «manga» supongamos, cosa que otros sabrán de memoria.

Habrá visto de cerca la mar y su ministro.

(1) Véase *Las Cosquillas*; digo, cómprese *Las Cosquillas*.

Se habrá codeado con él, tal vez sin conocerle.
¡Dichoso tú, oh Luis!
En cambio, Sinesio, Sagasta y yo nos hemos quedado en Madrid.
Somos inamovibles

* *

He visto que los estudiantes auténticos y algunos periódicos empiezan á lamentar los records de esos estudiantes movilizados que recorren el mundo tocando la flauta y la pandereta

¡Estudiantes que andan de tuna durante el curso?
¡Buenos estudiantes estarán!

Así me explico la respuesta que daba siempre una señora—que no era de huéspedes, pero que usaba pupilos sin conocerse, como los zurcidos—cuando le preguntaban por su esposo.

—¡Ay, hijal! Está en «Constantinópolis».

—¿Se ha hecho constantinopolitano, ó está empleado con el gran turco?

—Es estudiante por música.

—¿A sus años?

—Tiene unas manos para la guitarra... Es un Massini de cuerda. Como que tocaba en una de esas sociedades de profesores de visperas é inauguraciones de establecimientos, y conociendo sus intereses, se hizo estudiante de ida y vuelta, y le va muy bien en las provincias extranjeras.

Eduardo de Palacio.

FECHAS FATALES



—Pues, señor, yo no sé á qué atribuirlo, pero el caso es que todos los años por ahora me dejan cesante, se me presenta el dolor de la rodilla izquierda y descubro una infidelidad de mi señora...

* *

CHISMES Y CUENTOS

A propósito del estreno de *Juan León* dicen lo siguiente los revisteros de los dos periódicos de mayor circulación de España:

El de *El Liberal*:

«...sin que fueran parte á librarla del naufragio que la amenazaba, ni la corrección del estilo, ni la *bondad indiscutible* de los versos.»

«Su nueva obra, aparte de la *forma encantadora* que reviste...

«En *Juan León* sólo ha triunfado la forma, habiendo periclitado el fondo.»

A todo lo cual sólo se me ocurre un comentario:

¡Dios le conserve á usted el oído!

El de *El Imparcial*:

«Mario y Thuiller muy bien...»

«Los demás artistas trabajaron con el esmero que es ya costumbre en el teatro de la calle del Príncipe...»

Tampoco se me ocurre más que otro comentario:

¡Dios le conserve á usted la vista!

Te vi dar un *perro chico*,
sacar la cartera luego
y escribir: «El día tantos,
á un mendigo, cinco céntimos».
Si es verdad, como aseguran,
que Dios por uno da ciento,
estarían ya en tu casa
esperándote... cien perros.

Sobre el fango en que rodaste
hoy tu coche es el que rueda:
ya te has elevado un poco,
pero poco... ¡un metro apenas!

BASILIO DE OLALDE.

Libros:

El juego ante la verdad, el derecho y la justicia, por D. J. Carlos Bruna. Este libro ha llamado la atención por la claridad de sus conceptos y la serenidad de juicio con que el autor examina y resuelve la cuestión palpitante que indica su título. Defiende el Sr. Bruna, con gran copia de argumentos, que el juego no es un delito, que su prohibición atenta á la propiedad, y que, siendo su desaparición imposible, conviene reglamentarlo para obtener de él pingües beneficios para la Hacienda.

Guía comercial de Madrid. Es indudable que la guía de todos los habitantes de una población de importancia es y debe ser el libro de consulta diaria, considerándose como la publicación indispensable á todos sus moradores por los inmensos servicios que presta; así es que la *Guía comercial de Madrid* de este año, publicada por la casa editorial de Bailly-Baillière é Hijos, tal cual está redactada, es un libro precioso que aconsejamos se consulte, seguros de que convendrán con nosotros en que todos deben adquirirla, tanto más cuanto que el precio es insignificante y accesible á todas las fortunas. El magnífico plano de Madrid agregado este año á la obra aumenta su valor, sin que por ello se haya alterado su precio.

Algo de letras, colección de artículos de crítica, en que resaltan el buen gusto, la serenidad de juicio y la corrección en el lenguaje de su autor don Enrique Redel. Lleva además el libro una carta prólogo de D. Jacinto O. Picón. Precio: 1,50 pesetas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

¿Sirve?—Para el final del álbum sí; para este periódico... siento decirlo... pero...

El capitán Nemo.—Carece de novedad y de gracia.

Sr. D. J. M. C.—Con retruécanos de palabras de tresillo se han hecho muchas cosas. Comprendo que gustara mucho en el banquete, porque el salero está en lo que no puede publicarse.

Norman.—Bien versificadas ambas, la silva especialmente; los asuntos son los que no me gustan.

El caballero de la triste figura.—Y después de escribir tan buena prosa, ¿cómo hace usted una décima tan sosa?

Polichinela.—No están mal los versos, pero me parece fuertecilla la cosa, sobre todo por la crudeza del estilo.

Freg.—Ese juego de palabras es antiquísimo. Y no ha tenido gracia casi nunca.

Velasco.—Carecen de corrección y de soltura esas redondillas, ¡qué le hemos de hacer! La perfección no es de este mundo.

Gavilán.—Descuida usted un poco la versificación y es una lástima. ¡La naturalidad sobre todo!

P. P. Cero.—No empieza usted muy bien, la verdad sea dicha.

Enjorás.—Lo único que tiene de bueno, es imitación de una poesía de Vital que se ha publicado en todas partes y... hasta la recita el fonógrafo de la calle de Montería.

Sr. D. S. S. S.—No puedo decirle á usted de quién es, porque no la había leído en mi vida.

X. X. X.—Bien hecho, con mucha gracia y... con más malicia. Pero la alusión satírica es demasiado transparente y puede que no hiciera buen efecto. Porque como vive y colea el interesado...

Uno de la secreta.—Se ha usado mucho el chiste.

Ramiro.—Eso viene á ser una cosa así como las que hace Zúñiga, pero con menos gracia naturalmente.

Paris.—Pero ¡caramba! si es una anacreónica completamente en serio. Y eso no vale.

Sr. D. F. M.—Ya habrá usted leído muchas veces aquí mismo que no caben en el periódico las felicitaciones y los pipos á ella... cuando no tienen más cera que la que arde.

Casildea de Vandalia.—¡Ay! no puedo aprovechar ni tan siquiera un cantar.

El guarrín.—Vaya, puesto que es corta, voy á copiarla íntegra. Así tendremos una satisfacción cada uno:

«Hermosa niña la del vello rostro
cuya hermosura esparce lindos radios
y que rendido yo ante ti me postro
sin pensar que tu pecho tenga agravios.
En tus enojos
recuerda que pendiente de tus lavios
está el que enamoraste con tus ojos.»

Lo cual que los dos últimos versos no parecen de la misma pluma.

Fray Ayuno.—Sí, ya se conoce que estamos en Cuaresma. Le ha salido á usted todo un poquito endeble.

Sr. D. F. V. V.—Sí, señor; siga usted trabajando. Tiene usted condiciones, si no engaña la muestra.

Bicicleta.—De veras, de veritas que quisiera decir á usted lo mismo. Pero...

Sr. D. F. V. M.—Por Dios, huya usted de las vulgaridades como de la difteria.

Sr. D. R. M.—Descuidadica la forma y con escasa novedad el asunto.

Gracioso.—Y en efecto, tiene usted su sal y pimienta escribiendo cartas. Pero... eso no reza con la parodia de Zúñiga desgraciadamente.

XVIII.—Un millón de gracias. ¡Y qué *suelta* y qué linda es la carta en verso! El asunto de la silva me parece demasiado fuerte para contado de esa manera.

Mijaepo.—¡Matre infelice! ¡Si no parecen versos!

Sr. D. D. A.—El humorismo es lo que yo quisiera ver. Porque así, tal como está, parece un cantable de zarzuela seria, y no muy bueno, por añadidura.

Alvaro.—¡Rediós si tiene migal! ¡Demasiada migal!

¡¡¡Pumball!—Mire usted, empieza el soneto del modo siguiente:

«Aunque nunca estudié literatura
me propongo escribir hoy un soneto;
á las reglas del arte sujeto...»

¡No! ya no esta sujeto á las reglas del arte, porque ahí falta una sílaba.

Sr. D. J. G.—Resulta demasiado largo y... no muy *animado* el romance, que es lo peor.

Sr. D. D. E. C.—Hé ahí una crítica razonada, graciosa y de gran novedad. Lástima que no pueda publicarse por... tratar de lo que trata.

Un lector preguntón.—No se encuentran por ninguna parte ejemplares del tomo de 1880. En 1881 se publicó el periódico hasta Junio; tampoco hay ejemplares. Y la colección del 83 está incompleta porque se han agotado muchos números.

Dacriocistitis.—La cuestión es que no cuenta usted las sílabas, y unos versos pasan de la marca y otros se quedan encogiditos.

Un loco.—Aunque estuvieran bien, habrían perdido la oportunidad á estas horas.

Chufa.—Sin novedad alguna.

Un minero.—Tampoco tiene cosa recomendable.

S. S. S.—Vea usted este número, y tenga además la seguridad de que se concluirá en el próximo.

Sr. D. J. G. B.—Vayan ustedes desechando la idea de que está la puerta cerrada, porque lo que yo quisiera es que me enviaran ustedes composiciones publicables, aunque la firma fuera desconocida. ¡Todo el mundo ha empezado por ser desconocido! Lo que hay es que no empezando bien... no se va á ninguna parte.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS

MARCA REGISTRADA

TRADE MARK

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MAYAGALMANZANARES

MADRID, 1895.—IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNANDEZ
Libertad, 16 duplicado.—Teléfono núm. 934.